

Benito Pérez Galdós y las Tierras Sorianas de su época

Salustiano López Orba

He considerado oportuno tratar un libro, algo desconocido de Benito Pérez Galdós, titulado «*El caballero encantado (Cuento real... inverosímil)*» cuya primera edición aparece en Madrid hacia el año 1909, aunque se había publicado por entregas en un periódico madrileño titulado *El Liberal*. Escribe sobre algunos pueblos de la Rinconada, algunos pueblos sorianos e incluso de Ágreda.

En esta obra se observa un cierto radicalismo político de Pérez Galdós y una profunda concienciación histórica y social de su época. Los problemas del campo español y el caciquismo los retrata con dura realidad. En 1890 aparece la obra «*Los males de la patria y la futura revolución española*» de Lucas Mallada, que según Azorín «es el libro más representativo del momento» y que influye en esta obra de Galdós. Debemos recordar que Lucas Mallada es el ingeniero que lleva la explotación del «trust azucarero» de la laguna de Añavieja y de triste recuerdo por el horrendo crimen que comete su sobrino en la Venta del Sordo, más conocido periodísticamente como «el crimen de la Venta de la Laguna».

La crítica de esta obra de Galdós es contradictoria de unos a otros autores; no encaja en la crítica tradicional. Hay múltiples conexiones de esta obra galdosiana y Cervantes; y más en concreto quijotescas pues la dualidad de lo encantado y lo real, *Dulcinea/Aldonza* ocurre aquí con *Cintial/Pascuala* y en cierta manera de lo quimérico a lo real entre *Don Quijote/Alonso Quijano* y nuestro protagonista *Tarsis/Gil*. Pero lo más curioso es que este cuento real/inverosímil surge de un códice guardado en la biblioteca de la catedral de Osma, incompleto pues le arrancaron tres

hojas.

En este sencillo trabajo, con intención divulgativa, nos centraremos en el camino que recorre el protagonista de Ágreda a Calatañazor, pasando por Soria y Numancia; citando Golmayo, Carbonera, Villaciervos, Villaciervitos, La Malloña, hasta Calatañazor, y sigue a Boñices y sigue caminando hasta dejar pueblos sorianos al recaer en Alcolea del Pinar, y sigue...



Encontramos a Gil trabajando en una cantera de Ágreda, que abandona en la búsqueda de su amada Pascuala y desde aquí proseguimos sus andanzas aportando citas del autor relacionadas con estas tierras e incluso otras esclarecedoras de la realidad de aquella época y así en el capítulo XII «*Del conocimiento que hizo Gil con el industrioso mercader Bartolo*

Cíbico» resaltamos:

Caminando ya con firme paso por la carretera de Soria, sus pensamientos pueden ser verbalizados de esta manera:

- Parece que tengo libertad y no soy libre... Dentro de mí siento el hierro, siento la coraza del encantamiento, que no me impiden correr hacia la ideal Cintia para unirme con ella; pero que no me dejarían seguir otra dirección si tomarla quisiera. Encanto y amor van unidos, lo que es doble esclavitud y dulzura doble. Confortado por el amor, no temo los duros trabajos, ni la humillación, ni la miseria. Concédame la Madre vivir con Cintia en el hueco de una peña, como los aborígenes que vinieron acá con mi abuelito el hijo de Japhet, nieto de Noé. Viviremos en salvaje independencia, ignorados e ignorantes del mundo... Criaremos un rebaño de cabras; yo seré cazador... Domesticaré halcones y gerifaltes para resucitar la muerta y olvidada caza de cetrería... ¡Oh, encanto de encantos!...

Así pensando, descendía por ásperas pendientes, y al amanecer pasó junto a la laguna de Añavieja, sobre la cual pesaba una manta de niebla perezosa. —Los que por aquí vivían —se dijo— ¿eran celtas o iberos? No recuerdo lo que el pobre Augusto me contaba de la vida y costumbres de los españoles primitivos. Lo que yo sé, sin que él me lo haya dicho, es que no gastaban chalecos ni cuellos altos, y que su calzado había de ser muy cómodo... Me siento amigo de aquellos buenos madrugadores de la vida hispánica, y hasta doy en pensar que yo también madrugué, que fui un poquito prehistórico. Viandantes encontraba pocos, y éstos de aspecto miserable; mujeres flacas cargando haces de leña; hombres que

parecían enfermos y lo estaban de penuria y cansancio, luchadores de la vida, en completo vencimiento y derrota, que iban en busca de una limosna en forma de jornal. Apenas dejó atrás la soñolienta laguna, que ya mostraba su cuajado cristal despejándose de la neblina, el paisaje le sugirió ideas menos tristes. En los collados verdeaban matojos y chaparros; se oían esquilas de ovejas y algún silbo de pastores... Cuando más solo se sentía, encontró una cuadrilla de titiriteros. Abrían la marcha dos hombres y un muchacho a pie; seguía el carro entoldado, donde llevaban los avíos escénicos. Asomaban por el hueco delantero dos caras de mujer y medio cuerpo de una mona triste, achacosa y deslucida de pelo. Pararon en firme para dar respiro al tronco de burros, que acababa de echarse a pechos una empinada cuesta.

A los que venían a pie preguntó Gil si faltaba mucho para Matalabreras. El que parecía capitán de la cuadrilla o director circense, contestó al caminante que a la vuelta del cerro estaba Matalabreras, y que si no estuviese allí ni en ninguna parte del mundo, nada se perdería, porque lugar más arrimado a la cola no había visto en lo que llevaba de aquella vida. Y el otro, que debía de ser el payaso, completó así el informe de su compañero:

—Buen hombre, si llevas que comer, vete a Matalabreras, y si no, pasa de largo, que en ese pueblo no ven en el forastero más que mismamente un ladrón que llega y les quita lo poco que tienen de comer. En dos puñaleras funciones que hemos dado, no hemos visto la cara de ninguna moneda del Rey, si no es la roña de ochavos morunos... Y no faltan pudientes; pero nos han tomado por gentuza que trae acá la corrupción de los pueblos y el turriburri contra la religión... Y el otro, colérico y vociferante, siguió así:

—Vinieron dos cuervos, alcalde y curángano, a decirnos que si no ahuecábamos pronto, nuestras costillas lo habían de sentir.

Bajo la curva del toldo dejáronse ver, agachándose, las dos mujeres desgredadas y pitañosas. La una, que no era



joven ni bonita, y aún conservaba en sus mejillas flácidas manchurrones del almagre y blanquete de la noche anterior, metió para adentro a la mona que allí estaba tomando el fresco, y soltó la catarrosa voz a estos bárbaros improprios:

—Oiga, joven, ¿va usted a esa Matalabreras o Matachinches? Diga de mi parte al reladronazo del alcalde que me voy con las ganas de pasearme por encima de sus tripas y de machacarle las ternillas... Y a

ese judío del cura dígame que me chincho en su corona, y que se vaya a descomulgar a la perra de su madre.

La otra mujer, que en sus brazos había cogido a la mona y cuidadosamente la espulgaba, soltó después los clamores de su ira, diciendo:

— ¡Pueblo iznorante y farisón. Pa esos gansos, el arte no es nada... To' l dinero pa misas, y los probes artistas que ladremos de hambre.

Gil les consoló con medias palabras; gruñeron y blasfemaron los dos hombres; el jefe de la cuadrilla dio por terminado el descanso de sus burros; rechinó el carricoche. Con una despedida campechana se separaron, y Gil siguió su camino, lastimado del desavío de aquella pobre gente.

La descripción que hace de las personas que encuentra de la Rinconada no es nada halagüeña; «mujeres flacas, hombres enfermos de penuria y de trabajo», y sobre todo la dura aseveración «en busca de una limosna en forma de jornal». Sin comentarios.

Desconocemos las causas por las que Pérez Galdós escribe así sobre este pueblo vecino; si es por oídas o porque tuviera personalmente algún desagradable incidente, si es que anduvo por estos lares. Sea como fuere queda muy mal parado el pueblo.

Nuestro protagonista llega a Matalabreras y al continuar camino a Suellacabras encuentra a Bartolomé Cibico, personaje muy interesante y conocedor de la condición humana y de la realidad socio-política de su época. Gil (Tarsis) se sincera y le confiesa que va siguiendo a una mujer llamada Pascuala (Cintia) y en tan singular hembra se reunían la belleza, la virtud y la discreción.

A través del buhonero, Bartolomé Cibico, el escritor Pérez Galdós retrata la España de aquel tiempo así:

Los tiranos aquí se llaman Gaitines, en otra tierra de España se llaman Gaitanes o Gaitones. Pero todos son lo mismo.... No puedes ni respirar si no estás bien con el alcalde, con el juez, con la Guardia Civil, con el cura..... ¿Te vas enterando? Y prosigue en su capítulo XIII



diciendo:

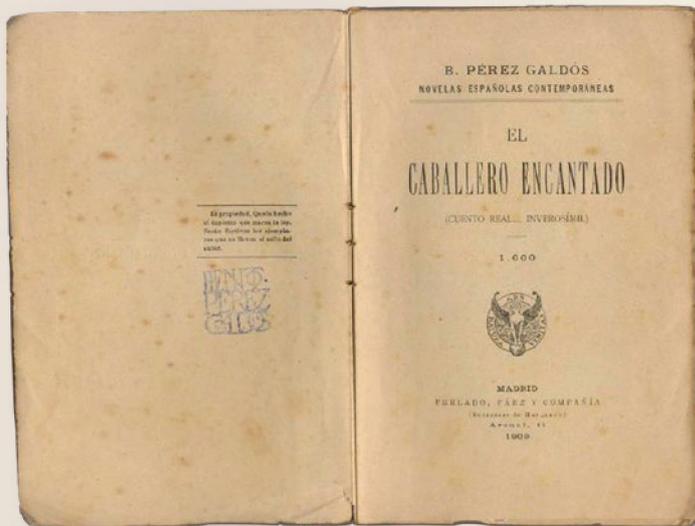
Aquí vivimos de mentiras. Decimos que ya no hay Esclavitud. Mentirá: hay Esclavitud. Decimos que no hay Inquisición. Mentira: hay Inquisición. Decimos que ha venido la Libertad. Mentira: la Libertad no ha venido, y se está por allá muerta de risa... Verás un caso»' había en Matalabreras un pobre labrador con familia, buen hombre... Pero le dio la ventolera por no querer ir a misa. Pues ha tenido que malbaratar su tierra, tomando lo que han querido darle, y salir pitando para las Américas. Te contaría mil casos; pero tú los irás viendo, si ya no los has visto... El que quiera vivir aquí en paz, tiene que hacer lo que hago yo, y es ponerse al son y al gusto de cada uno. Yo engaño al cura metiéndome a ratos en la iglesia... y venga rezar, y vengan golpes de pecho que se oyen en Jerusalén; yo le bailo el agua al alcalde alabándole cuantos desatinos hace, y a la esposa del juez municipal y a las señoras de los Gaitines les vendo con rebaja de un veinticinco por ciento. Gracias a este ten con ten, vivo y como... Pues tú, como no hagas lo mismo, trabajillo ha de costarte sacar a Pascualita de las uñas lagartijeras de don Saturio... Sutileza, hipocresía y engaño has de emplear antes que la fuerza.

Con este duro fragmento nos describe la dura realidad de aquella época. El caciquismo es abrumador, inquisitorio y absorbente. Parece que oímos las palabras del buhonero, Bartolomé Cíbico, ante la realidad narrativa del autor. El escritor, Pérez Galdós, arranca del alma y de los sentimientos de Bartolomé la angustia vital de su ser y de su entorno. Es una descripción incomparable.

Finalmente, me he tomado la licencia de incluir este fragmento del capítulo XVIII «Refiérese lo que el caballero vió y oyó en el mísero y olvidado lugar de Boñices», a través de una vieja campesina, de las que mantenemos un vago recuerdo, los que somos mayores, con su negro pañuelo en su cabeza, con su descolorido negro vestido, que persigue un gris incierto, amarillenta dentadura algo huérfana, con la empírica ciencia de los años, ha-

blándonos sobre la realidad de muchos pueblos de aquella época, que nos hace reflexionar sobre la real actualidad de nuestros pueblos de ahora:

Mejor salud tenemos acá desde que se llevó Dios al médico —dijo la vieja-vieja, por nombre y cognomen Celedonia Re- cajo—, y aquí, don Quiboro, no hay más maleficio que el no comer, y todo eso del miquiborio es enredo y trabalenguas como el nombre de usted. Que nos trai-



Primera edición de la novela de Galdós en 1909

gan pan. Para espantar a la muerte nos bastaría con el pan, y con otra cosa que es el pan del alma, la santa alegría... Ya no hay mozas en el pueblo, que todas se han ido a Soria y al Burgo, a ser criadas o peor cosa. Ya no hay mozos, que unos por servir al rey, otros porque les llama la golosina de las Indias, todos se han ido, y aquí no queda quien baile, ni se oye un rasgueo de guitarra. Yo, si hubiera un vejstorio que me sacara, bailaría; y aunque fuera danza de esqueletos, con la música de huesos contra huesos, se alegrarían los que quedan vivos en Boñices... ¡Ay, Boñices, quién te vido cuando yo me casé por primera vez, reinando don Fernando el Séptimo, y te ve ahora con tu gente ida, y la que queda descomida, y las almas... ateridas de tristeza!... Alegría, ¿dónde estás; sal de los cuerpos, a do te fuiste?... ¡Ay, ay! Cernudas, llévame pronto allá, y entiérrame, y apisona bien la tierra sobre mí, que si no, me arresucito, y saco a bailar a don Alquibori, bori... tifonsio... ¡Renegado nombre, que todavía en mil años que tengo no aprendí a decirlo de corrido!

Las bromas lúgubres de la secular Celedonia dieron cierta amenidad a la velada.

Una forma de endulzar la aspera realidad, la chanza, la mofa y la burla. Es una risa agrídulce en un sopor de hastío. Un rictus de resignación.

Aprovecho para citar de este capítulo al maestro de Boñices «agraciado por la España oficial con el generoso estipendio de quinientas pesetas al año». Ahora comprenderemos la intemporal frase: Pasas más hambre que un maestro de escuela. Para Galdós el tema de la educación es intrínseco en su ideología y en su obra literaria, pero no para generar el país sino para transformarlo.

En esta obra cuando habla con la Madre, es España y como dice Galdós esa Madre está en el Moncayo y en Numancia y en el lugar más recóndito y olvidado. Me encanta su concepto de Matria porque es vida, cuidado, protección. Es la Matria educadora de sus hijos para una nueva concepción social; no es esa Patria, que actúa de padrastro intransigente y dictador, que te pide la sangre y la vida, ¿para qué? Para mantener estatus y castas privilegiadas. Esta Madre-España de Galdós es para mí, mi Matria. Una Matria vivificadora, progresista, revolucionaria y social para todos sus hijos. La Madre que mimaba la convivencia y el respeto, que vela por el bienestar, que sufre por la desigualdad, que arrulla en la enfermedad y que te da su regazo cuando mueres. Con el nombre de la Patria, e incluso con el de Dios, se han cometido muchas vilezas. Galdós denuncia la manipulación de Patria y refunde este concepto en lo más natural: la Matria.

Solo les invito a leer una bella fantasía de la realidad, en esta preciosa obra de Pérez Galdós, porque hay que estar encantados, por el niño que todos llevamos dentro, para soportar la realidad de ser y estar.